

JUDEA BAJO LA DOMINACIÓN PERSA

La llegada de las caravanas de regreso a Jerusalén

Las varias caravanas que devolvían a Israel a su acrópolis arruinada, seguramente volvieron a Jerusalén por el Norte, recorriendo en sentido inverso la vía dolorosa que los cautivos habían seguido sesenta y cinco años antes, hostigados por Nabuzaradán. La tristeza y la alegría de estos piadosos emigrantes, al ver abismada en la desolación la ciudad de sus sueños, fueron sin duda una de esas impresiones que jamás olvida una nación, especialmente si no las estropea un retórico. Lo único intacto de la ciudad eran los cimientos, a cuyos lados yacían dispersos los sillares de los muros, tanto del templo como de los palacios.

Es corto un intervalo de medio siglo para ruinas formadas de grandes materiales, y los jefes del regreso debieron de hallar a Jerusalén casi en el estado en que la habían dejado los asirios. Una ciudad destruida no desaparece realmente hasta que se la reedifica o se contruye otra cerca de ella. Sólo habían desaparecido las construcciones ligeras de las casas particulares. Parece que las ruinas estaban completamente desiertas, pero la campiña de las cercanías estaba habitada. Las poblaciones de Judá y Benjamín ofrecían medios de existencia. La masa de los emigrantes trató de establecerse en aquellas afueras, donde había algo de orden desde el asesinato de Godolías.

Según parece, los recién llegados fueron mal recibidos. En cuanto llegaron se vieron rodeados de enemigos. Los pueblos, cuyo culto había destruido Josías, se habían vuelto jehovahístas a la antigua usanza, es decir, que ofrecían sacrificios en los lugares altos y se servían de todos los cultos molóquicos, astárticos y adónicos, cuya eficacia admitía en Siria todo el mundo. Los pietistas, cuyas ideas habían progresado tanto en el cautiverio, al verse frente a sus correligionarios atrasados, apenas eran de la misma religión que éstos. Acabó por ganar su ascendiente y pronto hubo alrededor de Jerusalén numerosos pueblecillos judíos. La colonia de Esdras favoreció más adelante a estas localidades. De aquellas diferentes capas de colonias se formaron centros judíos bastantes fuertes en Jericó, Gabaón, Mispá y otros puntos. En Teqoa era numerosa la comunidad judía, y parece que siempre mostró cierto recelo de la preponderancia de Jerusalén. El Sur de Judea lo habían tomado los edomi-

tas, aunque la ciudad de Hebrón nunca salió por completo del control israelita.

Terrible tuvo que ser la miseria en los primeros tiempos del regreso. No había casi ni tierras que cultivar y se iban agotando los recursos traídos de Babilonia. La situación política, con un *peha* persa por jefe, había de ser humildísima. No parece que Zorobabel tuviese una jurisdicción local bastante definida. Sólo era jefe de una familia religiosa. Las tierras no se devolvieron a sus antiguos propietarios. Los enemigos de Israel se habían apoderado de casi todas. No había comercio, ni lujo a quien servir. La gente de poca fe tuvo que envidiar con frecuencia a los que se habían quedado en Mesopotamia.

Además, no abundaban los medios de cultura intelectual y moral. Los escritos de Haggai y Zacarías, de los cuales hemos de hablar, hacen creer que los organizadores del regreso llevaron consigo pocos libros. Las obras dirigidas al pueblo, así como las de los profetas mencionados, eran algo rudas, incorrectas o toscas. Contrariamente, los elegíacos de aquel tiempo conservaban toda la habilidad literaria de los poetas del cautiverio. Varios salmos de los más notables son, al parecer, de esta época.

Había sido realizado un hecho extraordinario. Este regreso prodigioso, verificado a través de dificultades terribles, se comparó con el éxodo del mar Rojo y se consideró como un milagro, como una nueva manifestación del Dios omnipotente en favor de Israel. Se supuso que los paganos quedaron admirados al presenciar semejante prodigio. Un Dios que cuida tanto a sus criaturas no merece más que sumisión y fidelidad. Hubiera sido una locura renovar las revueltas del desierto. Una docilidad a toda prueba, un ritualismo ferviente sustituyeron a la viril religión de los tiempos antiguos. Empezaba la era de la piedad, y la piedad judía originaría la piedad del mundo. Por ella cumpliría Israel su destino extraordinario y crearía, sin dogmas, teología ni especulaciones abstractas, la religión del Universo.